

manipulación histórica al servicio de Franco).

El régimen franquista, con su siempre sorprendente capacidad de adaptación, también recurrió a finales de los cincuenta y principios de los sesenta a los excombatientes. Consciente del decaimiento del movimiento y de los cambios sociales y económicos, la dictadura permitió e incluso alentó la creación de asociaciones de excombatientes (Hermandad de Alféreces Provisionales, organizaciones provinciales de excombatientes, etc.), siempre bajo la atenta mirada del Estado. Empleó a las asociaciones de los ya viejos voluntarios, por ejemplo, como contraposición de las huelgas asturianas de 1962, así como en concentraciones puntuales. No obstante, el estudio se detiene en 1965, dejando para futuros análisis lo sucedido detrás de esa fecha; pero como el propio autor apunta, el movimiento de excombatientes (sin duda existente en los estertores del franquismo) sería un aliado estrecho de las políticas más inmovilistas y antidemocráticas del último franquismo y de la Transición. Las olas de la cultura de guerra que les dio vida llegaban hasta más allá de la muerte de Franco.

**Candina, Azún, *Por una vida digna y decorosa. Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, 2009, 107 pp.**

Por Marcelo Valenzuela Cáceres  
(Universidad de Concepción)

La obra de Azún Candina que reseñamos a continuación, corresponde a un avance de su futura tesis doctoral. Cualquier investigación concerniente a las clases medias se agradece en el circuito historiográfico chileno debido a los escasos estudios realizados en dicha temática. La nueva historia social de los años ochenta ha tenido una mayor preocupación por la clase obrera, los pobladores, las mujeres y los pueblos originarios, olvidando a los sectores medios. La investigación de Azún Candina se concentra en los empleados públicos chilenos, uno de los grupos calificados como parte de la clase media chilena, es decir, de esa jungla gris de profesionales liberales, comerciantes, pequeños y medianos empresarios, obreros bien pagados, profesores de distintas estirpes y dependientes varios.

El texto profundiza los distintos rasgos de ser clase media, por ejemplo, el empleado público por su ámbito social y cultural no pertenece a la clase obrera y tampoco a la oligarquía, teniendo una identidad y pertenencia ambigua. Uno de los primeros hechos culturales que saltan a la vista es que este asalariado de cuello blanco no se correspondía (ni se corresponde aún) con ninguna de las identidades asentadas y reconocidas en ese Chile de aire colonial y campestre al que nos han acostumbrado a ver, depositario de las más atávicas (y por lo tanto, “verdaderas”) identidades patrias o nacionales entendiendo a la nación, entre otras cosas, como una comunidad imaginaria donde, por ejemplo, el pije y el roto ya tenían su lugar claro.

Otra característica de este sector social -la constituye- sus constantes demandas salariales para poder disponer una vida digna. Las primeras agrupaciones de empleados estatales surgieron en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago (1887), la Sociedad de Empleados de Aduanas (1910), la Asociación de Telegrafistas de Santiago (1912) y la Federación de Empleados de Antofagasta (1919). El historiador Jorge Barría Serón ha destacado que la organización de los empleados públicos y particulares empezó a cobrar fuerza en la década de los veinte, mencionando a la Unión de Empleados de Chile (UECH), que agrupó organizaciones mutualistas de empleados, dicha organización fue abolida con las leyes sociales de septiembre de 1924.

La legislación laboral surgida con el alzamiento militar de 1924 y unificada por Carlos Ibañez del Campo a través del Código del Trabajo en 1931, marcó una distancia entre obreros y empleados, diferenciando entre quienes se dedicaban al trabajo manual (obreros) y al intelectual (empleados), señalando que debían formar agrupaciones separadas y con diferentes características. Esta legislación impedía formar sindicatos a los empleados públicos, la estrategia para superar este escollo fue empezar por la cultura y el deporte para fomentar una asociatividad que diera base a una propuesta propiamente política y gremial. En enero de 1938, nació la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas (ADIP), que dirigentes posteriores, como

Tucapel Jiménez, reconocieron como su primera escuela en el sindicalismo (p. 51). En 1943, se fundó la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) que agrupó a los empleados civiles de la administración central del Estado, la organización de empleados más duradera en el tiempo. En sus inicios, esta organización se definió exclusivamente como de carácter gremial, y su objetivo era agrupar a todos los empleados fiscales del país.

El texto señala que los empleados públicos, cuando se enfrentaban a demandas salariales; las negociaciones con el partido de poder eran un sistema de redes de intercambio, en el sentido de prácticas no institucionalizadas ni legalmente formadas, ya sea de orden recíproco (entre pares que se ayudan mutuamente) o del tipo redistributivo (patrón/cliente). Allí, los objetivos individuales se imbrican inseparablemente con los objetivos y/o la existencia misma del Estado entendido como burocracia que crea empleos, los escatima o los sostiene; con el cual se negocia para obtener mejores salarios y beneficios; y que se siente como proveedor de seguridad, aunque no sea nada perfecto (p. 75).

Después de la caída de la democracia y la instauración de la dictadura militar del general Augusto Pinochet (1973-1990), la clase obrera industrial y la burocracia estatal disminuyeron porcentualmente su significación en la estructura general del empleo y también sus ingresos. Con la consolidación de la economía neoliberal, estos sectores sociales sufrieron la fragmentación del campo laboral y la represión de los militares.

La innovación en la investigación de Azún Candina esta representada por la variedad de fuentes primarias, utilizando una gran cantidad de relatos orales, afiches, literatura costumbrista y fotografía, ejercicio que permite cumplir la máxima del historiador francés Lucien Febvre "todo es documento". Es meritorio el uso de este tipo de fuentes porque son muy pocos los historiadores que trabajan con fotografía, literatura y afiches en la historiografía nacional, salvo las honrosas excepciones de Maximiliano Salinas y Eduardo Deves.

El concepto de clase utilizado en la investigación pertenece al historiador marxista E. P. Thompson. Este es muy útil para analizar estratificaciones sociales flexibles y poco claras en las estadísticas,

permitiendo profundizar en la configuración de la identidad. La identidad es un concepto muy complejo de cuantificar, el "ser" de los sectores medios se evidencia en el diario vivir, las comidas, lecturas, diversiones, vacaciones, ropa, etc. Esa identidad no se corresponde con las estereotipadas imágenes de lo que es Chile: el roto, el huaso, la cantora popular, el campesino, el trabajador obrero, entre otros. El "ser" de clase media es muy poco singularizante para un discurso patrioter o una adscripción política, estos sectores viven en la medianía de los procesos, pero no significa que no fueran importantes o que se excluyeran de participar.

La imagen histórica que visualizamos del empleado público está siempre relacionada con dos elementos, el Estado y el trabajo. El primero como patrón que ofrece cierto estatus y proximidad con el poder. El segundo lo transforma en un asalariado y lo une a otros sectores reivindicacionistas dicese obreros, estudiantes y empleados particulares. Las clases medias en Chile tienen un carácter sincrético-cultural, fueron de origen campesino pero rechazan ese legado, es urbana porque sus áreas de trabajo son mayoritariamente de servicios, corresponden a los sectores populares pero "exitosos" y aspira a la vida y confort de las elites. En muchas ocasiones las necesidades y carencias no corresponden a una situación económica objetiva, sino que influyen pertenencias o adscripciones a un estilo de vida específico. Eso es parte de la vida de la clase media: el tener y el aspirar a.

Las clases medias chilena y latinoamericana se diferencian en sus orígenes con los sectores medios europeos y norteamericanos. Las primeras nacieron en el siglo XIX y XX, dependientes del Estado y el aumento de empleos que generó. Las segundas iniciaron un proceso de expansión en el siglo XVI-XVIII en forma autónoma e individual, el mejor ejemplo en Europa se expresa en las pequeñas burguesías de los Países Bajos durante la época moderna. En Estados Unidos la expansión de los sectores medios se produce en el siglo XIX, con el proyecto de un campesinado independiente, expresado en la conquista del oeste norteamericano y estereotipado en la serie televisiva "*La casa de la pradera*"- que ofrece una visión idílica de la esforzada familia de colonos Ingells en Minnesota.